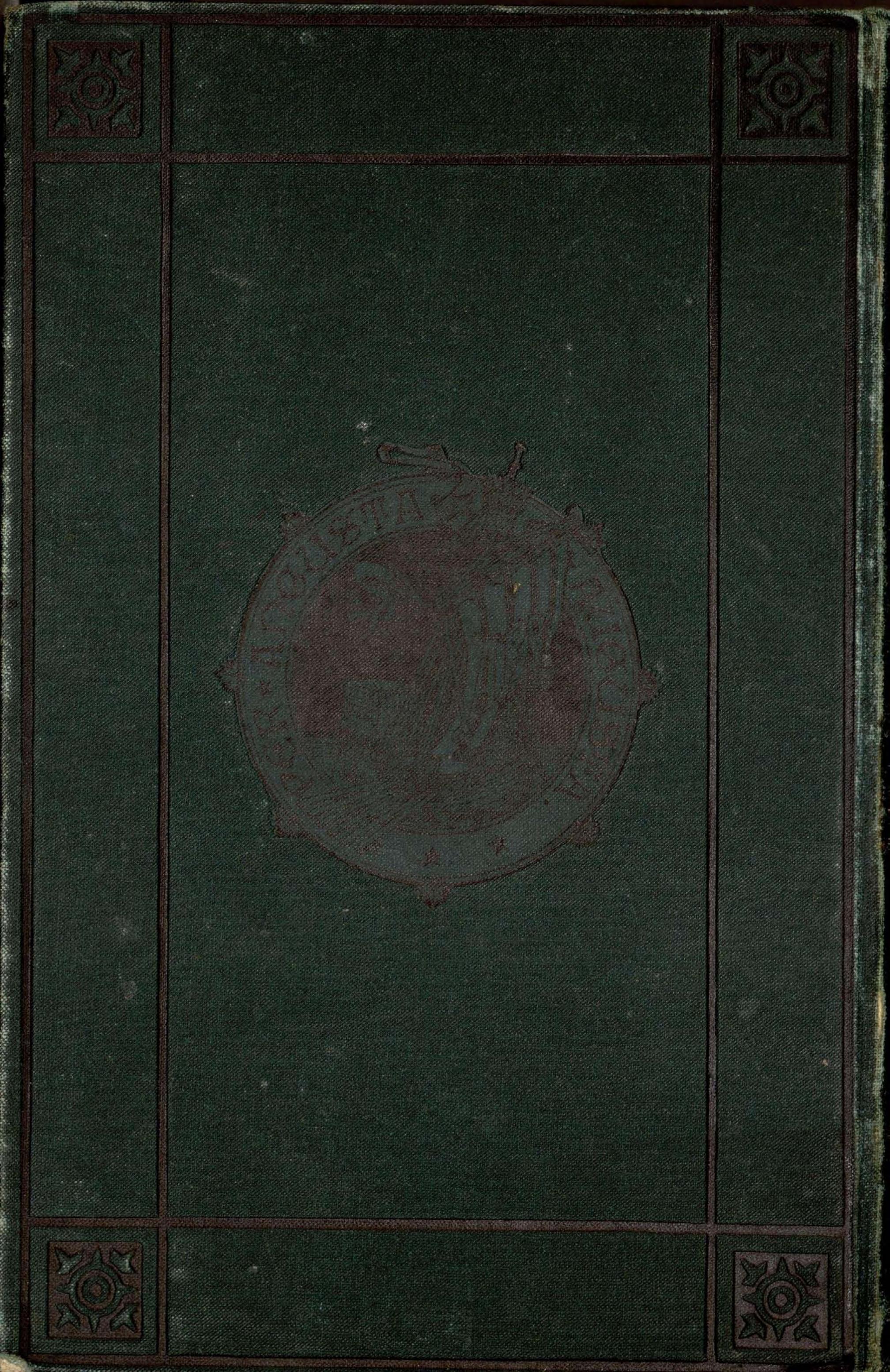


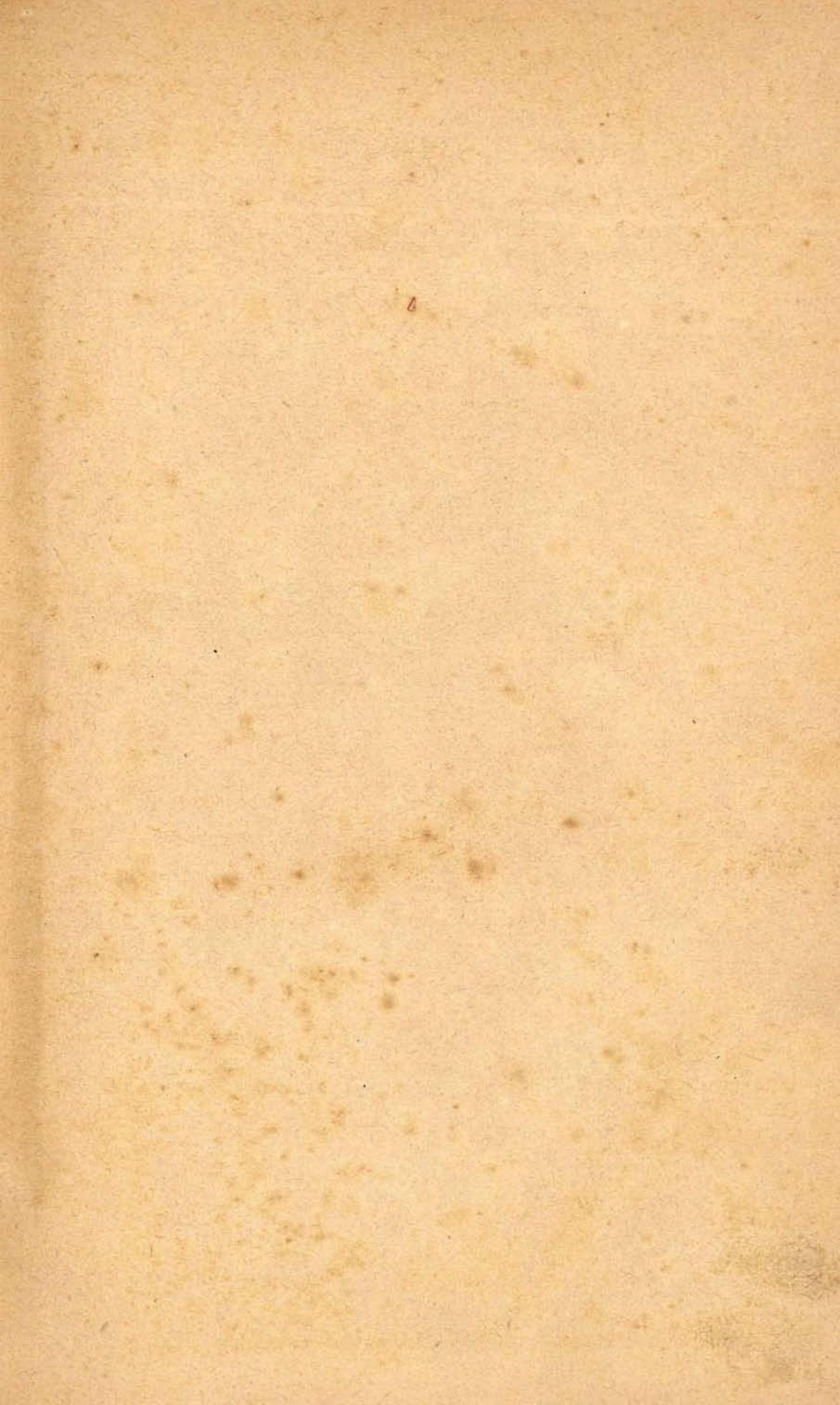
M. J. de LEROUX

*M. J. de L.*







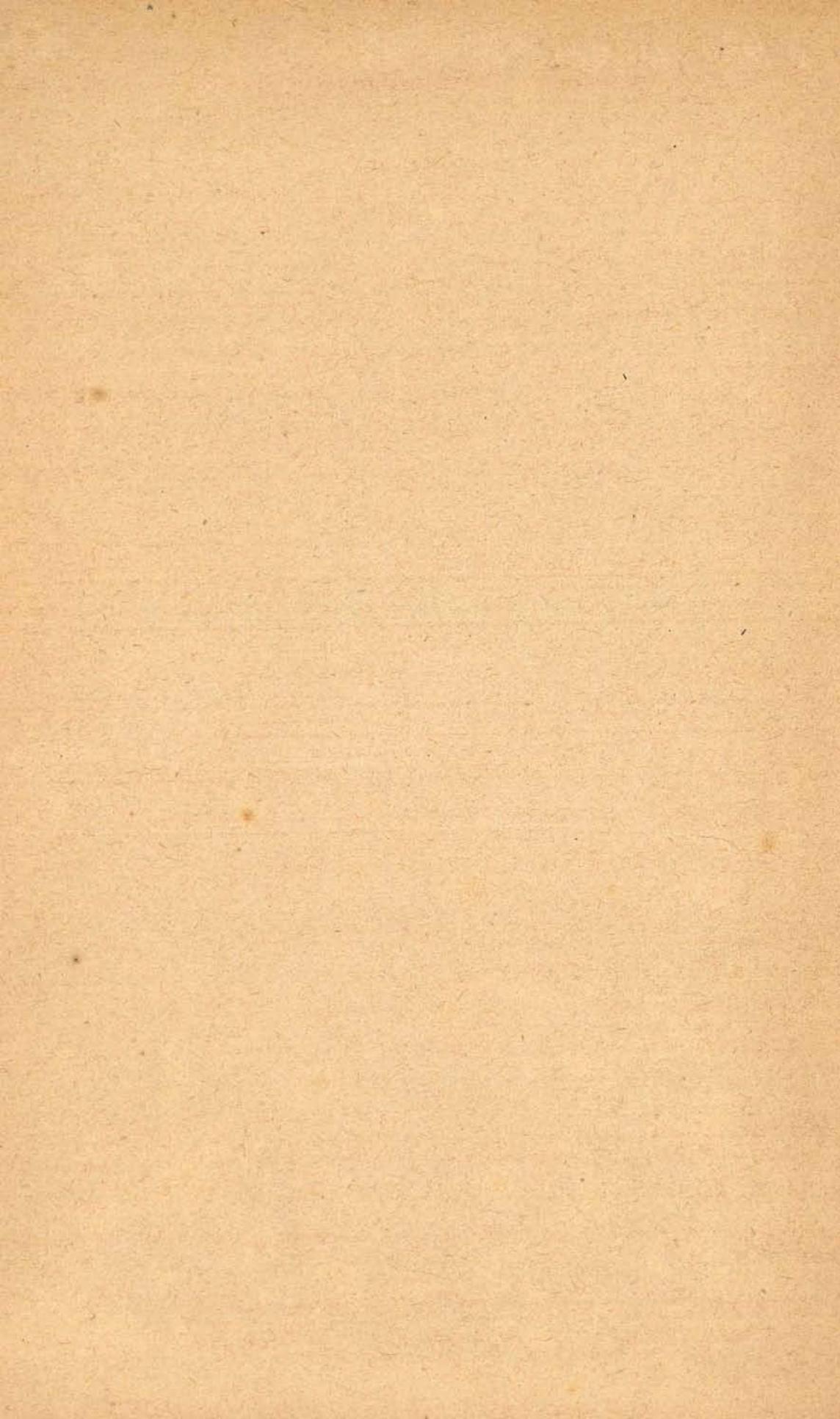


A-809

20012 Y 111

R  
28923

MARIANO JOSÉ DE LARRA



MARIANO JOSÉ DE LARRA

---

COLECCIÓN

DE

ARTÍCULOS ESCOGIDOS

CON UN PRÓLOGO POR

J. YXART

---

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES Y FILOSÓFICOS-CRÍTICA LITERARIA

ARTÍCULOS POLÍTICOS

---



BARCELONA

BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

DANIEL CORTEZO Y C.<sup>ª</sup>, *Ausias March*, 95

1885



# LARRA

---

LA biografía de Larra, descartando escasas noticias, cuya insignificancia no guarda la debida proporción con la alteza de aquella preciosa vida, puede resumirse de este modo: nació Larra el 9, duró su carrera literaria cinco años cortos, del 32 al 37, y se suicidó á los veinte y ocho. En tan breve espacio dejaba una colección de artículos que le aseguran la inmortalidad; cuando los más empiezan á vivir como hombres de veras, lo había ahondado todo, y devorado por tormentosas pasiones, espiraba como el Talbot de Schiller « sintiendo profundísimo desdén por cuánto parece grande y digno de envidia. » Añádase á esto, que su breve carrera de periodista siguió paralelamente la marcha de dos revoluciones: literaria la una, política la otra, y que su figura se alza en medio de ambas, juzgándolas á un tiempo, como crítico literario y escritor satírico. Si no más, tenía el juez la talla de las revoluciones que llamó á su tribunal. Brillantísimas é interesantes como parecen ahora á distancia, no palidece sobre su fondo de llamas la personalidad del escritor.

Sería absurdo decir que el público español no hizo justicia al talento de Larra. Larra es un escritor popular, que no deja de la mano el último aficionado á la lectura, ni olvida nunca en la lista de los primeros escritores contemporáneos el más ignorante crítico. Pero aun siendo esto así, opino que no se le otorgó el puesto que en realidad le corresponde. Hallo siempre, en cuántos han hablado de él, como el inconsciente designio de colocarle en segunda fila, ó de juzgarle desde un punto de vista inferior á su importancia. No basta para mí llamarle el primer crítico español, si va envuelto en el calificativo la idea de ponerle por debajo de los criticados famosos. No basta hacerle compañero de Estébanez y Mesonero Romanos como articulista de costumbres, si no se quiere reconocer cuán superior fué á ambos en la intención. Ni tenerle por ingeniosísimo y chistoso, penetrante y caústico, pero siempre considerándole como un simple articulista, es hacer plena justicia á Larra. Fué mucho más, á mi juicio; fué un escritor originalísimo, un observador profundo y osado á quien es difícil igualar, cuánto más aventajar.

Me explico, sin embargo, perfectamente por qué no se le encomia tanto como se debiera. Exceptuando su novela escotiana, que nadie recuerda, y algunas comedias, que no se representan ya, Larra no escribió una sola obra completa, ni publicó un solo volumen; derramó su talento en artículos breves, prodigó su caudal en monedas sueltas. Esto basta para que nadie le crea un prodigio. Aquí, incluso los más despreocupados, se fijan más en la cantidad que en la calidad para llamar grande á un escritor. Por mucho que valga un artículo de periódico, nadie sospecha que pueda valer lo que un libro, y encerrar en breve espacio más altos pensamientos. Por preciosa que sea una colección de breves escritos, como es la de Larra, á nadie se le ocurre que sea una obra colosal, ó una serie de obras colosales. El ingenio que se derrocha al menudeo, no luce tanto nunca como el que concibe de un tirón una obra extensa. Pudo muy bien Larra dejar apuntadas centenares de ideas que darían materia á volúmenes enteros, y sin embargo, aun los que tienen ojos para verlas centellear esparcidas en su prosa, no se persuadirán á creer en su excepcional talento, como creyeran en él si hubiese dejado un solo libro. Y sin embargo, conceptos brillantísimos y sobre todo nuevos, sembró en torno suyo, con el despilfarro de un Buckingham soltando en una recepción diamantes y perlas mal prendidos en su traje.

Luégo tiene Larra contra sí otro defecto grave. Fué escéptico, fué pesimista; se contentó con negarlo amargamente todo, y hasta ahora nunca se ha concedido á los escritores de esta índole el primer lugar. Admiramos su ingenio, no veneramos su memoria. Es natural, es lógico, es instintivo. La humanidad necesita quien afirme algo y la dirija hacia algo, no quien la descorazone de andar; quien la consuele, no quien la desespere. Harto nos escuecen las llagas para que nos entretengamos en echar en ellas el corrosivo de la duda. El mismo Fígaro, que, como escéptico sincero, no quería para los demás el malestar que sufría, lo sostiene con elocuencia en más de un pasaje. Pero su genio, más poderoso que su buen juicio, le arrastró en los últimos días de su vida á verter el sarcasmo, la hiel, la amargura, y á mostrar desatentado la descarnada realidad de las cosas. ¡Cómo darle la razón erigiéndole un altar? Quien se mofa ó maldice de todo, logra de pronto el aplauso; unos tributan palmas á la osadía, otros al ingenio, el más torpe se ríe, como presintiendo vagamente

que hallar motivo de risa ó desprecio en lo más grave, es adelantarse al iluso ó al cándido; pero, pasado el primer momento, la reacción no se hace esperar. La sociedad marcha, cree, toma por lo serio cuánto la sostiene, porque no tiene otro remedio, porque ha de vivir y quiere vivir, y las cavilaciones del escritor que la perturbó con sus crudas negaciones, ó la deslumbró con sus desgarradoras paradojas, pasan sin alcanzar la gloria de aquellas luminosas verdades que confortan y enaltecen. Por esto también, no es tenido Larra por tan profundo como fué, en un país donde llaman profundos á hombres que reproducen los más rancios clichés y las preocupaciones más baladíes.

\*  
\* \*

Ya en vida, su irritante mordacidad y su singular misantropía le enagenaron la simpatía de sus compañeros; sólo la viva y sincera amistad de unos pocos pudo echar un velo sobre aquellos defectos, dado que lo sean. Bretón intentó ponerle en berlina en una de sus comedias; Mesonero Romanos dice en sus *Memorias* que era antipático á muchos; un crítico, por cierto bien mediano, que le trató también según dice, no vacila en acumular lastimosamente sobre su memoria tristísimos cargos, suponiéndole de índole ponzoñosa y reventando de orgullo. Y es que en medio de aquel despertar optimista de la sociedad de aquellos tiempos, que volvió á la vida evocada por la sonrisa fascinadora de una Reina; cuando todos los resortes del progreso saltaron con violento empuje tras larga opresión; cuando resucitaban las artes y el teatro; cuando se abría el pecho de los españoles, ávidos de libertad, á las mayores y más halagüeñas esperanzas que los hayan henchido jamás desde entonces; cuando reinaba como soberana la música apasionada y dulcísima, ó juguetona y sonriente de los compositores italianos; por aquellos días en que renacía en los salones de la corte el fausto y el júbilo, y acudían á ella tantos y tantos jóvenes de esperanzas, ardiendo en sed de gloria y expansión, ¡qué contraste no debía ofrecer el tétrico escritor, que paseaba, como hombre de mundo, su hastío, su sonrisa sarcástica entre tantos fulgores!... Verdad que luégo se puso de moda con el romanticismo la hipocondría, el desprecio de todo y la mala crianza de los genios *no comprendidos*; pero en Larra fué real y cierto, por desgracia suya, lo que en otros ficticio y pueril.

Harto lo probó su muerte, y es digno de observar aquí que mientras los poetas afectaban en sus versos y dramas las más violentas pasiones y fúnebres fantasías, sin morir de ellas, su crítico, el que para serlo necesitaba, según opinión común, templado juicio y corazón sereno, se consumía atormentado por la vehemencia del suyo, y empuñaba una pistola, no como un romántico de mentirijillas, sino como un héroe de Balzac de carne y hueso. Esto fué Larra: una víctima real de la fiebre que devoraba las entrañas y el cerebro de Europa. Halló pasto la llama en el temperamento individual de aquel joven singular, educado en Francia, conecedor de París y nutrido en la lectura de obras extranjeras: la más insignificante de sus frases sarcásticas atestigua cuánto se adelantaba, con estas condiciones, á sus compatriotas. Á propósito de Antony escribía: «*Antony*, como la mayor parte de las obras de la literatura francesa, es el grito que lanza la humanidad que nos lleva delantera, grito de desesperación al encontrar el caos y la nada al fin del viaje.» Y decía combatiendo la introducción de los dramas sociales franceses en España:

«Darnos la literatura de una sociedad caduca que ha corrido los escalones todos de la civilización humana, que en cada estación ha ido dejando una creencia, una ilusión, un engaño feliz, de una sociedad que, perdida la fe antigua, necesita crearse una fe nueva, y darnos la literatura expresión de esa situación á nosotros, que no somos aún una sociedad siquiera, sino un campo de batalla donde se chocan los elementos opuestos que han de constituir una sociedad, es escribir para cien jóvenes ingleses y franceses que han llegado á figurarse que son españoles porque han nacido en España: no es escribir para el público.»

Ahora bien: el hombre que esto sabía y decía, fácil es comprenderlo, había llegado al término, y había entrevisto el caos: era de los cien jóvenes ingleses y franceses, que se figuran ser españoles porque habían nacido en España, y nada tenía de particular por lo tanto que, como *volviese* cuando los otros *iban*, todo aquel movimiento fulgurante, todo aquel espíritu de reformas le cogiese frío ó sarcástico. Resultado: que mientras el crítico que antes cité, se pregunta, con toda la cachaza y bondad de un buen señor, en qué consistían las hondas desventuras de que se lamentaba Fígaro privadamente, cuando se hallaba en lo mejor de la vida, adulado por la gloria, mimado en las pri-

meras sociedades de la corte, viviendo con holgura, y vistiendo con lujo, nosotros que no le conocimos, nos las figuramos, y hacemos más todavía: vemos en el pesimismo de Larra una prueba de cuánto se adelantó á los hombres de su generación en aquellos mismos extravíos de su cabeza calenturienta. Stendhal dijo de sí mismo: «Allá por el año 80 empezarán á comprenderme.» Enfática y, si se quiere, ridícula profecía; pero se trueca la risa en gravedad cuando se sabe hoy fijamente que acertó, pues ya todos queremos comprender á Stendhal, cuando antes nadie hablaba de él. Lo mismo pudo decir Fígaro; hoy, aun condenando su criterio y sus desesperadas paradojas se le comprende más que mientras vivía, y se compadecen más su irritable temperamento y sus desgracias privadas. ¿Hubo otro escritor, de aquellos días, de quien pueda decirse otro tanto?

\* \* \*

«Yo no sé si la humanidad bien considerada tiene derecho á quejarse de ninguna especie de murmuración, ni si se puede decir de ella todo el mal que se merece.» No era de esperar que el autor de estas líneas, metido á escritor de costumbres, se mostrase muy bonachón y optimista, ó se entretuviese en censurar con blandura ridiculeces ó defectillos de poco más ó menos, viéndolos tan sólo por su lado puramente cómico. Así es que los cuadros de nuestra vida social bosquejados por Larra son, más que tales, sangrientas sátiras de vicios de trascendencia, aunque en apariencia insignificantes, desastrosos en sus efectos, hondamente arraigados, y causa permanente de atraso y malestar. La disolución de la familia, como resultado de la falta de base en la educación española, la ingénita pereza de la raza, el desprecio con que miramos nuestro propio país, lo incompleto, lento ó errado de las reformas; he aquí los asuntos de sus principales artículos. Á su vuelta de Francia, en los últimos meses de su vida, contagiado con las nuevas teorías sociales entonces en boga, que no fueron otra cosa que el mismo romanticismo aplicado á la sociología, ahondó más en sus estudios, y al tiempo que tradujo y puso un brillante prólogo á las *Palabras de un creyente*, escribió artículos de tan avanzado y radical criterio, como *Los Barateros*, el *Reo de muerte*, etc., que realmente hasta por el título, sin otros pormenores, emparejan con ciertas poesías románticas y lúgubres. De modo que, en

suma, como se ve, no se detenía en la superficie de las cosas y atendía siempre á lo más esencial.

Esta profunda intención, aun en sus más jocosos escritos, da á éstos un carácter distinto y singular, que diferencia muy mucho á Larra de Mesonero Romanos, y de otros escritores: todos los que figuraron más tarde en *Los Españoles pintados por sí mismos*. Digo esto, saliendo al paso á la opinión del mismo Mesonero, que en sus recientes *Memorias* pone empeño en despojar á Larra de su gloria de escritor de costumbres, elogiándole con más expansión sus criticas literarias y sus sátiras políticas. Realmente algunos de sus artículos de costumbres pertenecen á su primera época, y por consiguiente no pueden valer tanto como los frutos de su talento más madurado; otros son imitaciones en parte ó en todo, y aun se descubrirían en ellos algunos pasajes transcritos del francés; pero los suyos, bien suyos son, y los buenos, incluyendo los del *Pobrecito hablador*, aventajan á cuántos existen sobre costumbres de la capital, en profundidad, en picante malicia, en chiste, en riqueza y casi exuberancia de observaciones y ocurrencias. Fáltales á veces color, al modo que se quiere en el día: Larra tiene mucho más ingenio que imaginación, más juicio que percepción directa de la forma plástica; su pluma es un escalpelo, no un pincel, pero aun así describe, observa, analiza, disecciona admirablemente. Tampoco tiene la impassibilidad del que copia del natural, como también se quiere ahora; constantemente va salpimentando la descripción con agudezas propias, y suena siempre, en todas partes, su monólogo de misántropo, cáustico y desdeñoso. Alguna vez, particularmente en sus últimos cuadros, los rasgos de su malhumor, su tétrica desesperación, extienden sobre ellos, á falta de más vivos matices, sombríos tonos, un color negro subido que los asemeja á las aguas fuertes de Rembrandt ó de Goya, que llegan á infundir terror con la fusión de lo grotesco y lo horrible, y el poder del claro-oscuro. En *El Día de difuntos*, en *Yo y mi criado*, el sarcasmo y la ironía (siempre el ingenio) logran producir el efecto de lo fantástico y alcanzar á conmover poderosamente: parecen la obra de un poeta, siendo sólo la de un pensador.

Lo que realmente se buscaría en vano en los tales, es el sentimiento. Larra es despiadado, implacable, se ensaña con sus víctimas hasta la crueldad, sin que asome en ninguna parte la única nota que puede templar lo acerbo de la crítica

social: la benevolencia; pero tampoco hay que suponerle por esto incapaz de más altos sentimientos y grandeza de miras; ejemplo de ello su necrología del conde de Campo-Alange, página elocuentísima y hermosa; y en otro concepto, la indignación arrebatada con que juzga el *Antony*, ó las frases de admiración que le arrancan los mejores dramas de la época.

\*  
\* \*

Pero sin querer estamos hablando ya del crítico literario. La gloria de Larra como tal ha parecido indiscutible y sin reparo. No es su crítica un recuento de bellezas y defectos puramente literarios: claro está que debió poseer en grado eminente las cualidades comunes del oficio. Lo que la distingue y le da singularísimo valor es que no queda limitada nunca á la literatura, sino que rebasando sus lindes, se extiende y fecunda prodigiosamente los campos vecinos. Larra examina en las obras su aspecto social, y su aspecto moral; las juzga como expresión de las pasiones, y como expresión del estado de la época. Acertado y profundo en el juicio de las primeras, observador de éste, con gran copia de noticias, que se transparentan bajo su desenfadado estilo (el más contrario á la pedantería), apenas puesto el título de la obra á la cabecera del artículo, parte como sin plan y al azar al examen concreto, á través de disertaciones, cuya índole no tiene semejante con las de ningún otro crítico contemporáneo, y en las cuales se admira á un tiempo lo penetrante de su mirada, lo brillante de la síntesis, la facundia de recursos para probar y decir lo que desea. El celebrado juicio de *Antony* merecía ser reproducido en todas las lenguas cultas; en los de los otros dramas de Dumas ó Víctor Hugo, está patente cuánto conocía el corazón; tanto como el arte literario; en los del *Panorama matritense*, las *Memorias del Príncipe de la Paz*, *Vida de españoles célebres*, *Horas de invierno*, *Felipe II*, el caudal de doctrina sobre los respectivos géneros á que pertenecen, sobre el momento en que salen á luz, lo que valen, lo que significan, lo que contienen, todo está desentrañado, alumbrado, exornado con superior ingenio y originalidad, y en ocasiones con vehemente elocuencia que no se sospecharía cupiese en un juicio crítico; como cuando en el de las citadas *Memorias* nos pinta al antiguo príncipe de la Paz convertido en el particular D. Manuel Godoy, que « se presenta á las puertas de la patria en modesto traje, con un humilde

sombrero redondo en aquella cabeza que cubrieron coronas ducales, y con unos cuadernos impresos en la mano, no ya para rescatar las perdidas grandezas sino para reconquistar el nombre de ciudadano español que catorce millones de hombres poseen sin esfuerzo alguno.» Algunas obras juzgó (dos hemos citado), cuyo recuerdo no hubiera llegado hasta nosotros ciertamente, si Fígaro, escribiendo al día para los periódicos, no las hubiese tomado como pretexto de sus inimitables reflexiones.

Gran lástima es que estos juicios sueltos, por la razón que acabo de apuntar, no se nos ofrezcan como partes de un plan general y formando el cuadro de toda la literatura coetánea. Son magníficos fragmentos de una obra colosal; falta unirlos, ensamblarlos y llenar algunos huecos. Larra presentó agrupadas sus juiciosas reflexiones acerca de las reformas del teatro, dejó preciosos trozos sobre el de Moratín, Gorostiza y Bretón, siguióle en su marcha durante la primera etapa romántica, deshaciéndose en elogios á los nuevos autores que salieron á sorprenderle á cada vuelta del camino en bien pocos años (Martínez de la Rosa, aunque ya no era novel, con su *Conjuración de Venecia*, Gutiérrez, Hartzzenbusch); se vengó de los malos traductores y de los malos cómicos persiguiéndolos á carcajadas y silbidos; incluso á las artes dedicó bellas páginas en sus *Antigüedades de Mérida*, y aunque dejó escasas notas acerca de la poesía lírica, bastan para saber qué deseaba que fuese. En todas estas piezas sueltas un principio generador domina: el espíritu revolucionario, un criterio amplísimo, en el cual se aventaja Larra aun á nuestros pensadores del día, y coincide hoy con los más avanzados, como si para nuestra generación escribiera. Quizás su catecismo y su dogma se halla más claramente formulado que en parte alguna en los párrafos que él mismo tituló *Profesión de fe* de su artículo *Literatura*.

«Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida á las galas del decir, al són de la rima, á entonar sonetos y odas de circunstancias; que concede todo á la expresión y nada á la idea; sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro por tanto del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades* á aquellos á quienes in-

teresa saberlas, mostrando al hombre, no *como debe ser*, sino *como es*, para conocerle; literatura en fin, expresión toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo.»

\*  
\* \*

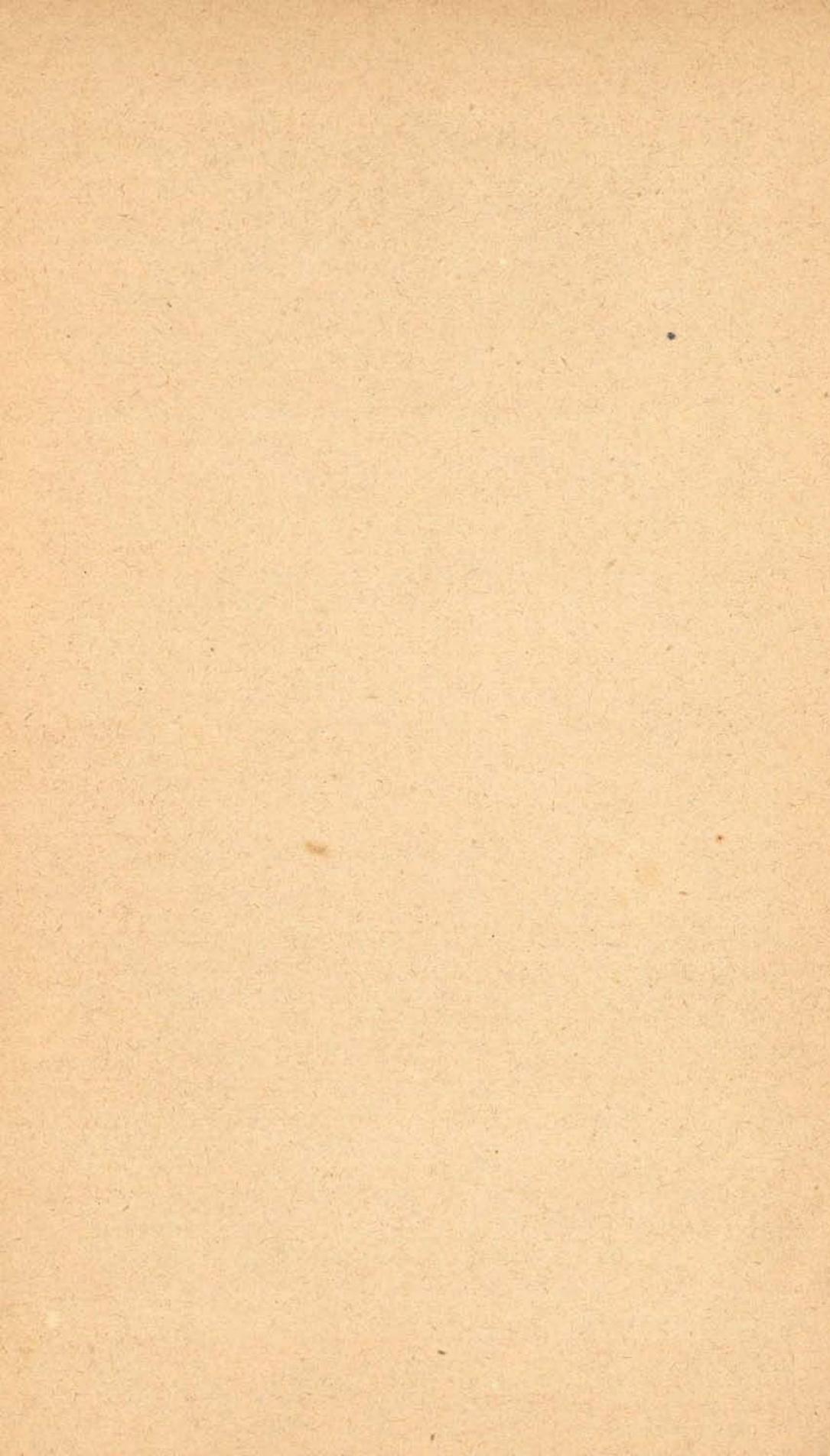
La última parte de su obra nos resta examinar brevemente: sus sátiras políticas. Á trueque de incurrir en la monotonía de todo panegírico, y de que se atribuya éste á ciega predilección, he de agotar por último los más deslumbrantes epítetos del elogio, mientras no me saquen, que no me sacarán, un solo autor que haya superado á Fígaro en este género, con ser tales las vicisitudes políticas de su muerte acá, y tantos los periódicos satíricos que se han publicado, entre ellos algunos famosos. Ni el *Fray Gerundio*, ni el *Padre Cobos*, ni el *Gil Blas* en época más reciente, tienen más parecido con Fígaro que hacer burla de los gobernantes, ni éste reconocería hoy la sátira política en los periódicos del día con caricaturas policromas, tan groseras y tan pobres de ingenio que todas parecen ejemplares de un solo dechado, consistente en vestir de monigotes á los hombres públicos. Fígaro había predicho la muerte del género con la mayor libertad y la mayor ilustración. Cuando todo puede decirse por modo directo, cesa el ingenio de lucirse en la tarea de hallar la forma oblicua; cuando los grandes abusos, las tiranías, los crímenes de los fuertes explotando á los débiles, son conocidos hasta la saciedad con repetidos escarmientos, cuando ya es difícil recibir desengaños, porque no hay grandes ilusiones, ¡poco mérito ha de ser tirar de la manta; escasa la sorpresa de los espectadores! Pero Fígaro vivía en una época muy distinta, y era además mayor su buen gusto, más alto su criterio. La guerra civil de los siete años, en la cual quemaron su último cartucho, no dos partidos, sino dos sociedades, dos grandes poderes, intereses vivos y encontrados; las pasajeras tentativas para amoldar las leyes á las nuevas ideas, el incendio de los conventos, la marcha de la revolución arrollando uno tras otro á los últimos defensores de la vieja autoridad, ¡qué larga serie de episodios, cuántos desaciertos, vacilaciones y errores, cuántos asuntos para la sátira cruel, amarga y desgarradora de Fígaro! En ella apenas se designa á las personas. El drama, no los actores, juzga y le interesa, y harto se ve que contempla de cerca la tramoya, y no figura entre los ilusos de la platea, sino entre los que están en el secreto. En esta tarea,

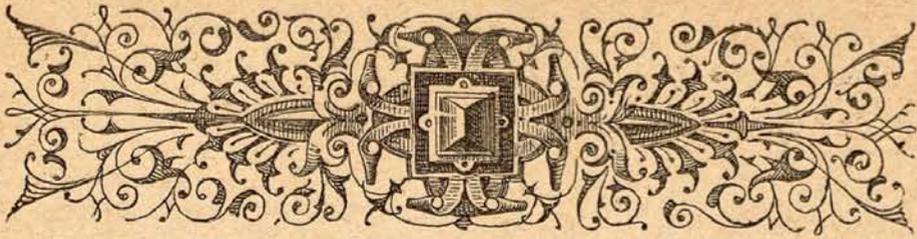
como en todas, conforme ganó en experiencia y se hizo más aguda su enfermedad, pasó del amor desinteresado á las reformas, á la duda y á la vacilación, y luégo al negro excepcionalismo que le hizo columbrar la disolución y el caos donde la nación esperaba la felicidad y la extirpación de sus inveterados males. Algunos han tildado de exagerados y pura retórica de literato sus desoladores gritos; á otros les parecen hoy predicciones fatídicas realizadas... pero fuerza es hacer punto.

He dicho que Larra era, á mi juicio, un talento excepcional y superior. Quizás no he conseguido presentar un resumen de cuánto hizo, y de la forma en que lo hizo, pero no será difícil al lector completarlo. Bastaría á la gloria de Larra una sola condición que nadie podrá negar. Tras las radicales mudanzas que han experimentado el gusto y las ideas desde su muerte, su obra permanece íntegra, sin que sea necesaria la menor salvedad, ni la más leve indulgencia en atención al tiempo en que se compuso. Mucho, muchísimo ha perecido de aquel período romántico: Larra queda en pié y su figura se agranda cuánto más nos alejamos de él. Léanse los artículos de costumbres de entonces, los del mismo Mesonero inclusive, y donde quiera se hallará algún pasaje, que hoy nos parece inocentón, algo de anticuado en el plan, algún girón que apollillado se desprende del marco; en Larra todo es sazonado, picante, oportuno como si se hubiese escrito ayer. Asistamos á la representación de alguno de aquellos dramas que causaron, no delirio, sino fiebre y locura, y algo ha de sonarnos también á hueco; el juicio de Larra, reflejando por una parte la impresión del momento, conserva por otra la maciza solidez de toda verdad. De sus artículos políticos no se diga. También muchos de ellos tienen interés de actualidad y ni una sola alusión parecería trasnochada en un periódico de esta fecha. Lo propio puede decirse, en suma, del estilo: rapidísimo, alado, naturalísimo hasta el descuido, se adapta tanto al gusto moderno como el de ningún escritor; si se le comparase con la oratoria de entonces, con los artículos de fondo de entonces, con el vocabulario de entonces, con toda la literatura de entonces, resultaría mayor el prodigio de haber acertado con una forma persistente y durable como la de los pocos escritores de raza.

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES

Y FILOSÓFICOS





## ¿QUIÉN ES EL PÚBLICO Y DÓNDE SE LE ENCUENTRA?

(Artículo robado)

---

El doctor tú te lo pones,  
El Montalván no le tienes,  
Con que quitándote el don  
Vienes á quedar Juan Pérez.

*Epigrama antiguo contra el doctor  
don Juan Pérez de Montalván.*

**Y**o vengo á ser lo que se llama en el mundo un buen hombre, un infeliz, un pobrecillo, como ya se echará de ver en mis escritos; no tengo más defecto, ó llámese sobra si se quiere, que hablar mucho, las más veces sin que nadie me pregunte mi opinión; váyase porque otros tienen el no hablar nada, aunque se les pregunte la suya. Entremétome en todas partes como un pobrecito, y formo mi opinión y la digo, venga ó no al caso, como un pobrecito. Dada esta primera idea de mi carácter pueril é inocentón, nadie extrañará que me halle hoy en mi bufete con gana de hablar, y sin saber qué decir; empeñado en escribir para el público, y sin saber quién es el público. Esta idea, pues, que me ocurre al sentir tal comezón de escribir será el objeto de mi primer artículo. Efectivamente, antes de dedicarle *nuestras* vigiliyas y tareas *quisiéramos* saber con quién *nos* las *hemos*.

Esa voz *público* que todos traen en boca, siempre en apoyo de sus opiniones, ese comodín de todos los partidos, de todos los pareceres, ¿es una palabra vacía de sentido, ó es un ente real y efectivo? Según lo mucho que se habla de él, según el papelón que hace en el mundo, según los epítetos que se le prodigan y las consideraciones que se le guardan, parece que debe de ser álguien. El público es *ilustrado*, el público es *indulgente*, el público es *imparcial*, el público es *respetable*: no hay duda, pues, en que existe el público. En este supuesto, ¿quién es el público y dónde se le encuentra?

Sálgome de casa con mi cara infantil y bobalicona á buscar al público por esas calles, á observarle, y á tomar apuntaciones en mi registro acerca del carácter, por mejor decir, de los caracteres distintivos de ese respetable señor. Paréceme, á primera vista, según el sentido en que se usa generalmente esta palabra, que tengo de encontrarle en los días y parajes en que suele reunirse más gente. Elijo un domingo, y donde quiera que veo un número grande de personas, llámolo público á imitación de los demás. Este día un sinnúmero de oficinistas y de gentes ocupadas ó no ocupadas el resto de la semana, se afeita, se muda, se viste y se perfila; veo que á primera hora llena las iglesias la mayor parte por ver y ser visto; observa á la salida las caras interesantes, los talles esbeltos, los piés delicados de las bellezas devotas, las hace señas, las sigue, y reparo que á segunda hora va de casa en casa haciendo una infinidad de visitas; aquí deja un cartoncito con su nombre cuando los visitados no están ó no quieren estar en casa; allí entra, habla del tiempo que no interesa, de la ópera que no entiende, etc. Y escribo en mi libro: «El público oye misa, el público coquetea (permítase la expresión mientras no tengamos otra mejor), el público hace visitas, la mayor parte inútiles, recorriendo casas, á donde va sin objeto, de donde sale sin motivo, donde por lo regular ni es esperado antes de ir, ni es echado de menos después de salir; y el público en consecuencia (sea dicho con perdón suyo) pierde el tiempo, y se ocupa en futesas:» idea que confirmo al pasar por la Puerta del Sol.

Éntrome á comer en una fonda, y no sé por qué me encuentro llenas las mesas de un concurso que, juzgando por las facultades que parece tener para comer de fonda, tendrá probablemente en su casa una comida sabrosa, limpia, bien ser-

vida, etc., y me lo hallo comiendo voluntariamente, y con el mayor placer, apiñado en un local incómodo (hablo de cualquier fonda de Madrid), obstruído, mal decorado, en mesas estrechas, sobre manteles comunes á todos, limpiándose las babas con las del que comió media hora antes en servilletas sucias sobre toscas, servidas diez, doce, veinte mesas, en cada una de las cuales comen cuatro, seis, ocho personas, por uno ó solos dos mozos mugrientos, mal encarados y con el menor agrado posible: repitiendo este día los mismos platos, los mismos guisos del pasado, del anterior y de toda la vida; siempre puercos, siempre mal aderezados; sin poder hablar libremente por respetos al vecino; bebiendo vino, ó por mejor decir agua teñida ó cocimiento de campeche abominable. Digo para mi capote: «¿Qué alicientes traen al público á comer en las fondas de Madrid?» Y me contesto: «El público gusta de comer mal, de beber peor, y aborrece el agrado, el aseo y la hermosura del local.»

Salgo á paseo, y ya en materia de paseos me parece difícil decidir acerca del gusto del público, porque si bien un concurso numeroso, lleno de pretensiones, obstruye las calles y el salón del Prado, ó pasea á lo largo del Retiro, otro más llano visita la casa de las fieras, se dirige hacia el río, ó da la vuelta á la población por las rondas. No sé cuál es el mejor, pero sí escribo: «Un público sale por la tarde á ver y ser visto; á seguir sus intrigas amorosas ya empezadas, ó enredar otras nuevas; á hacer el importante junto á los coches; á darse pisotones, y á ahogarse en polvo; otro público sale á distraerse, otro á pasearse, sin contar con otro no menos interesante que asiste á las novenas y cuarenta horas, y con otro no menos ilustrado, atendidos los carteles, que concurre al teatro, á los novillos, al fantasmagórico Mantillo y al Circo olímpico.»

Pero ya bajan las sombras de los altos montes, y precipitándose sobre estos paseos heterogéneos arrojan de ellos á la gente; yo me retiro el primero, huyendo del público que va en coche ó á caballo, que es el más peligroso de todos los públicos; y como mi observación hace falta en otra parte, me apresuro á examinar el gusto del público en materia de cafés. Reparo con singular extrañeza que *el público tiene gustos infundados*; le veo llenar los más feos, los más oscuros y estrechos, los peores, y reconozco á mi público de las fondas. ¿Por

qué se apiña en el reducido, puerco y opaco café del Príncipe, y el mal servido de Venecia, y ha dejado arruinarse el espacioso y magnífico de Santa Catalina, y anteriormente el lindo del Tívoli, acaso mejor situados? De aquí infiero que *el público es caprichoso*.

Empero aquí un momento de observación. En esta mesa cuatro militares disputan, como si pelearan, acerca del mérito de Montes y de León, del volapié y del pasatoro; ninguno sabe de tauromaquia; sin embargo se van á matar, se desafían, se matan en efecto por defender su opinión, que en rigor no lo es.

En otra cuatro leguleyos que no entienden de poesía se arrojan á la cara en forma de alegatos y pedimentos mil dicerios disputando acerca del género clásico y del romántico, del verso antiguo y de la prosa moderna.

Aquí cuatro poetas que no han saludado el diapasón se disparan mil epigramas envenenados, ilustrando el punto *poco tratado* de la Tossi y de la Lalande, y no se tiran las sillas por respeto al *sagrado* del café.

Allí cuatro viejos en quienes ha agotado la fuente del sentimiento, avaros, digámoslo así, de su época, convienen en que los jóvenes del día están perdidos, opinan que no saben *sentir* como se sentía en su tiempo, y echan abajo sus ensayos, *sin haberlos querido leer siquiera*.

Acullá un periodista *sin período*, y otro periodista con *períodos interminables*, que no aciertan á escribir artículos que se vendan, convienen en la manera indisputable de redactar un papel que llene con su fama sus gavetas, y en la importancia de los resultados que tal ó cual artículo, tal ó cual vindicación debe tener en el *mundo* que no los lee.

Y en todas partes muchos majaderos, que no entienden de nada, disputan de todo.

Todo lo veo, todo lo escucho, y apunto con mi sonrisa, propia de un pobre hombre, y con perdón de mí examinando: «El ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende.»

Salgo del café, recorro las calles, y no puedo menos de entrar en las hosterías y otras casas públicas; un concurso crecido de parroquianos de domingo las alborota merendando ó bebiendo, y las conmueve con su bulliciosa algazara; todas están llenas: en todas el Yepes y el Valdepeñas mueven las lenguas de la concurrencia, como el aire la veleta, y como el

agua la piedra del molino; ya los densos vapores de Baco comienzan á subirse á la cabeza del público, que no se entiende á sí mismo. Casi voy á escribir en mi libro de memorias: «El respetable público se emborracha;» pero felizmente rómpese la punta de mi lápiz en tal mala coyuntura, y no siendo aquel lugar propio para afilarle, quédase *in pectore* mi observación y mi habladuría.

Otra clase de gente entre tanto mete ruido en los billares, y pasa las noches empujando las bolas, de lo cual no hablaré, porque éste es de todos los públicos el que me parece más tonto.

Ábrese el teatro, y á esta hora creo que voy á salir para siempre de dudas, y conocer de una vez al público por su indulgencia ponderada, su gusto ilustrado, sus fallos respetables. Esta parece ser su casa, el templo donde emite sus oráculos sin apelación. Representase una comedia nueva; una parte del público la aplaude con furor: es sublime, divina; nada se ha hecho mejor de Moratín acá; otro la silba despiadadamente; es una porquería, es un sainete, nada se ha hecho peor desde Comella hasta nuestro tiempo. Uno dice: «Está en prosa, y me gusta sólo por eso: las comedias son la imitación de la vida; deben escribirse en prosa.» Otro: «Está en prosa y la comedia debe escribirse en verso, porque no es más que una ficción para agradar á los sentidos; las comedias en prosa son cuentecitos caseros, y si muchos las escriben así, es porque no saben versificarlas.» Éste grita: «¿Dónde está el verso, la imaginación, la chispa de nuestros antiguos dramáticos? Todo eso es frío, moral insípida, lenguaje helado; el clasicismo es la muerte del *genio*. Aquél clama: «Gracias á Dios que vemos comedias arregladas y morales! La imaginación de nuestros antiguos era desarreglada: ¿qué tenían? Escondidos, tapadas, enredos interminables y monótonos, cuchilladas, graciosos pesados, confusión de clases, de géneros; el romanticismo es la perdición del teatro: sólo puede ser hijo de una imaginación enferma y delirante.» Oído esto, vista esta discordancia de pareceres, á qué me canso en nuevas indagaciones? Recuerdo que Latorre tiene un partido considerable, y que Luna sin embargo es también aplaudido sobre esas mismas tablas donde busco un gusto fijo; que en aquella misma escena los detractores de la Lalande arrojaron coronas á la Tossi, y que los apasionados de la Tossi despre-

ciaron, destrozaron á la Lalande, y entonces ya renunció á mis esperanzas. ¡ Dios mío ! ¿ dónde está ese público tan indulgente, tan ilustrado, tan imparcial, tan justo, tan respetable, eterno dispensador de la fama, de que tanto me han hablado ; cuyo fallo es irrecusable, constante, dirigido por un buén gusto invariable, que no conoce más norma ni más leyes que las del sentido *común*, que tan pocos tienen ? Sin duda el público no ha venido al teatro esta noche : acaso no concurre á los espectáculos.

Reuno mis notas, y más confuso que antes acerca del objeto de mis pesquisas, llego á informarme de personas más ilustradas que yo. Un autor silbado me dice cuando le pregunto : ¿ quién es el público ? « Preguntadme más bien cuántos necios se necesitan para componer un público. » Un autor aplaudido me responde : « Es la reunión de personas ilustradas, que deciden en el teatro del mérito de las producciones literarias. »

Un escritor cuando le silban dice que el público no le silbó, sino que fué una intriga de sus enemigos, sus envidiosos, y este ciertamente no es el público, pero si le critican los defectos de su comedia aplaudida llama al público en su defensa ; el público le ha aplaudido ; el público no puede ser injusto ; luego es buena su comedia.

Un periodista presume que el público está reducido á sus suscritores, y en este caso no es grande el público de los periodistas españoles. Un abogado cree que el público se compone de sus clientes. Á un médico se le figura que no hay más público que sus enfermos, y gracias á su ciencia este público se disminuye todos los días ; y así de los demás : de modo que concluyo la noche sin que nadie me dé una razón exacta de lo que busco.

¿ Será el público el que compra la *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*, y las poesías de Salas, ó el que deja en la librería las *Vidas de los españoles célebres* y la traducción de la *Iliada* ? ¿ El que se da de cachetes para coger billetes para oír á una cantatriz pinturera, ó el que los revende ? ¿ El que en las épocas tumultuosas quema, asesina y arrastra, ó el que en tiempos pacíficos sufre y adula ?

Y esa opinión pública tan respetable, hija suya sin duda, ¿ será acaso la misma que tantas veces suele estar en contradicción hasta con las leyes y con la justicia ? ¿ Será la que

condena á vilipendio eterno al hombre juicioso que rehusa salir al campo á verter su sangre por el capricho ó la imprudencia de otro, que acaso vale menos que él? ¿Será la que en el teatro y en la sociedad se mofa de los acreedores en obsequio de los tramposos, y marca con oprobio la existencia y el nombre del marido que tiene la desgracia de tener una loca ú otra cosa peor por mujer? ¿Será la que acata y ensalza al que roba mucho con los nombres de señor ó de héroe, y sanciona la muerte infamante del que roba poco? ¿Será la que fija el crimen en la cantidad, la que pone el honor del hombre en el temperamento de su consorte, y la razón en la punta incierta de un hierro afilado?

¿En qué consiste, pues, que para granjear la opinión de ese público se quema las cejas toda su vida sobre su bufete el estudioso é infatigable escritor, y pasa sus días manoteando y gesticulando el actor incansable? ¿En qué consiste que se expone á la muerte por merecer sus elogios el militar arrojado? ¿En qué se fundan tantos sacrificios que se hacen por la fama que de él se espera? Sólo concibo, y me explico perfectamente, el trabajo, el estudio que se emplean en sacarle los cuartos.

Llega empero la hora de acostarse, y me retiro á coordinar mis notas del día: léolas de nuevo, reuno mis ideas, y de mis observaciones concluyo:

En primer lugar, que el público es el pretexto, el tapador de los fines particulares de cada uno. El escritor dice que emborriona papel, y saca el dinero al público por su bien y lleno de respeto hacia él. El médico cobra sus curas equivocadas, y el abogado sus pleitos perdidos por el bien del público. El juez sentencia *equivocadamente* al inocente por el bien del público. El sastre, el librero, el impresor, cortan, imprimen y roban por el mismo motivo; y en fin, hasta el... ¿Pero á qué me canso? Yo mismo habré de confesar que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí.

Y en segundo lugar concluyo: que no existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; que cada clase de la sociedad tiene su público particular, de cuyos rasgos y caracteres diversos y aun heterogéneos se compone la fisonomía monstruosa del que llamamos público; que este es caprichoso, y casi siempre tan injusto y parcial como la ma-

yor parte de los hombres que le componen; que es intolerante al mismo tiempo que sufrido, y rutinero al mismo tiempo que novelero, aunque parezcan dos paradojas; que prefiere sin razón, y se decide sin motivo fundado; que se deja llevar de impresiones pasajeras; que ama con idolatría sin *por qué*, y aborrece de muerte sin causa; que es maligno y mal pensado, y se recrea con la mordacidad: que por lo regular sienta en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular; que suele ser su favorita la medianía intrigante y *charlatana*, y el objeto de su olvido ó de su desprecio el mérito modesto; que olvida con facilidad é ingratitud los servicios más importantes, y premia con usura á quien le lisonjea y le engaña; y por último, que con gran sinrazón queremos confundirle con la posteridad, que casi siempre revoca sus fallos interesados.

---

## EL CASARSE PRONTO Y MAL

~~~~~

**A** sí como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desempeños, tenía otro no hace mucho tiempo, que en esto suele venir á parar el tener hermanos. Este era hijo de una mi hermana, la cual había recibido aquella educación que se daba en España no hace ningún siglo: es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se oía misa todos los días, se trabajaba los de labor, se paseaba las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre, que entonces no se llamaba *papá*, con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas, ayudadas de su cuyo, hubiesen á las manos algún libro de los prohibidos, ni menos aquellas novelas que, como solía decir, á pretexto de inclinar á la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educación fuese mejor ni peor que la del día; sólo sabemos que vinieron los

franceses, y como aquella buena ó mala educación no estribaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresión doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fué necesaria mucha comunicación con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el más divertido. ¿Qué motivo habrá efectivamente que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionóse mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fué el pan pan, ni el vino vino: casóse, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenía dos ojos muy hermosos y nunca bebía vino, emigró á Francia.

Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educación tenía tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del Año cristiano á Pigault Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora por qué las dejaba que antes por qué las tenía. Dijo que el muchacho se había de educar como convenía; que podría leer sin orden ni método cuánto libro le viniese á las manos, y que sé yo qué más cosas decía de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustración, añadiendo que la religión era un convenio social en que sólo los tontos entraban de buena fe, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que *padre y madre* eran cosa de brutos, y que á *papá y mamá* se les debía tratar de *tú*, porque no hay amistad que iguale á la que une á los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros á los segundos): verdades todas que respeto tanto ó más que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupación es la primera preocupación de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fué superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse más rienda de la que se le había dado. Murió, no sé á qué propósito, mi cuñado, y

Augusto regresó á España con mi hermana toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar; y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de cómo no había Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenía el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metía en cuestiones, y era hablador, y racionador como todo muchacho bien educado; y fué el caso que oía hablar todos los días de aventuras escandalosas y de los amores de fulanita con la menganita, y le pareció en resumidas cuentas cosa precisa para hombrear enamorarse.

Por su desgracia acertó á gustar á una joven, personita muy bien educada también, la cual es verdad que no sabía gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los días, una novela sentimental con la más desatinada afición que en el mundo jamás se ha visto; tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria de vez en cuando, porque tenía una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de piés y manos, y varias epístolas recíprocamente copiadas de la Nueva Eloísa; y no hay más que decir sino que á los cuatro días se veían los dos inocentes por la ventanilla de la puerta y escurrían su correspondencia por las rendijas, sobornaban con el mejor fin del mundo á los criados, y, por último, un su amigo, que debía de quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia, él y ella, que habían dado principio á sus amores porque no se dijese que vivían sin su trapillo, se llegaron á imaginar primero, y á creer después á piés juntillas, como se suele muy mal decir, que estaban verdadera y terriblemente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podía venir á parar aquella inocente afición ya conocida, pusieron de su parte todos los esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupación y de sus luces, nunca había podido desprenderse del todo de cierta afición á sus ejecutorias y blasones, porque hay que advertir dos cosas: 1.<sup>a</sup> que hay despreocupados por este estilo; y 2.<sup>a</sup> que somos nobles, lo que equivale á decir, que desde la más remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego á la nobleza, aunque no conservaba bienes; y ésta es una de las razones por que estaba mi sobri-

nito destinado á morir de hambre si no se le hacía meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh! ¿qué hubieran dicho los parientes y la nación entera? Averiguóse, pues, que no tenía la niña un origen tan preclaro, ni más dote que su instrucción novelesca y sus *duettos*, fincas que no bastan para sostener el boato de unas personas de su clase. Averiguó también la parte contraria que el niño no tenía empleo, y dándosele un bledo de su nobleza, hubo aquello de decirle: «Caballerito, ¿con qué objeto entra usted en mi casa?—Quiero á Elenita, respondió mi sobrino.—¿Y con qué fin, caballerito?—Para casarme con ella.—Pero no tiene usted empleo ni carrera.—Esa es cuenta mía...—Sus padres de usted no consentirán...—Sí, señor, usted no conoce á mis papás.—Perfectamente; mi hija será de usted en cuanto me traiga una prueba de que puede mantenerla, y el permiso de sus padres; pero en el ínterin, si usted la quiere tanto, excuse por su mismo decoro sus visitas.—Entiendo.—Me alegro, caballerito;» y quedó nuestro Orlando hecho una estatua, pero bien decidido á romper por todos los inconvenientes.

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese á trasladar al papel la escena de la niña con la mamá; pero diremos, en suma, que hubo prohibición de salir y de asomarse al balcón, y de corresponder al mancebo, á todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido, y no fueron bastantes á disuadirla las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su elegido: todo era para ella tiranía y envidia que los papás tenían de sus amores y de su felicidad; concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor; que en cuanto á comer, ni eso hacía falta á los enamorados, porque en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers, ni nunca les habían de faltar unas sopas de ajo.

Poco más ó menos fué la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legítima consecuencia, también concluía de que los padres no deben tiranizar á los hijos, que los hijos no deben obedecer á los padres: insistía en que era independiente; que en cuanto á haberle criado y educado, nada le debía, pues lo había hecho por una obligación imprescindible, y á lo del sér que le había dado, menos, pues no se lo había dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso entre otras lindezas sutilísimas de este jaez.

Pero insistieron también los padres, y después de haber intentado infructuosamente varios medios de seducción y raptó, no dudó nuestro paladín, vista la obstinación de las familias, en recurrir al medio en boga de sacar á la niña por el vicario; púsose el plan en ejecución y á los quince días mi sobrino había reñido ya decididamente con su madre; había sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero se entiende, de esta especie de neutralidad que se usa en el día; de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veían más cada día, y se amaban más cada noche. Por fin amaneció el día feliz, otorgóse la demanda; un amigo prestó á mi sobrino algún dinero, uniéronse con el lazo conyugal, estableciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual á la que aquellos buenos hijos disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo.

Pero ¡oh dolor! pasó un mes y la niña no sabía más que acariciar á su Medoro, cantarle un aria, ir al teatro y bailar una mazurca; y Medoro no sabía más que disputar. Ello sin embargo el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos.

Mi sobrino salía de mañana á buscar dinero, cosa más difícil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar á su casa con qué dar de comer á su mujer le detenía hasta la noche. Pasemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posición. Mientras que Augusto pasa el día lejos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los celos y la rabia. Todavía se quieren; pero en casa donde no hay harina todo es mohína; las más inocentes expresiones se interpretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el más seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que amortiguada en ambos corazones ardía; se suceden unos á otros los reproches; y el infeliz Augusto insulta á la mujer que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia á la cual no há mucho tiempo él mismo la inducía; á los continuos reproches se sigue en fin el odio.

¡Oh si hubiera quedado aquí el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar á su familia á ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego, y en todos los

vicios y bajezas, en todos los peligros que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos un velo sobre el cuadro á que dió la locura la primera pincelada, y apresurémonos á dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos más rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices; aquella amabilidad de Elena es coquetería á los ojos de su esposo; su noble orgullo, insufrible altanería; su garrulidad divertida y graciosa, locuacidad insolente y cáustica: sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos están ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus piés son grandes y sus manos feas; ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna considera-

el nombre se-  
án, un hombre  
so y soberbio,  
e el amigo ge-  
s promete aún  
ctividad! ¡qué  
pensamientos  
ella trabaje en  
deza en acom-  
ola! ¡qué inte-  
por su bien que

Aquella mujer  
hubiera podido  
cumbe por fin á  
erte.  
hijos están so-  
sa de su amigo.  
luz! ¿Será po-  
oven de tales y  
lido en la dili-  
os muebles, los  
y hétele persi-  
ventaja, y no es  
ga; son las diez  
pregunta, sube  
cuarto cerrado

ductor, flexible y condescendiente; es un holgazán, sin ninguna habilidad, sin talento alguno, celoso, déspota y no marido... en fin, ¡cuánto más valeroso de su esposo, que les presta dinero, y le da protección! ¡Qué movimiento en él! ¡qué adivinación! ¡qué heroísmo! ¡qué amabilidad! ¡qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡qué no permitir que se hagan labores groseras! ¡qué asiduidad, y qué delicadeza para pañarla los días enteros que Augusto la deja sola! ¡qué interés, en fin, el que se toma cuando le descubre que su marido se distrae con otra!...

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! ¡qué que, si hubiera escogido un compañero que la sostener, hubiera sido acaso una Lucrecia, su víctima, la seducción y á la falaz esperanza de mejor suerte!

Una noche vuelve mi sobrino á su casa, sus hijos le dicen:—¿Y mi mujer? ¿y sus ropas?—Corre á casa de su madre.—¿No está en Madrid? ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz! ¿Vuela á la policía, se informa. Una joven que con tales señas con un supuesto hermano han sacado á la venta para Cádiz. Reune mi sobrino sus pocos recursos, vende, toma un asiento en el primer carruaje, y se dirige guiendo á los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja, imposible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llegado de la noche, corre á la fonda que le indican, precipitadamente la escalera, le señalan un

por dentro; llama; la voz que le responde le es harto conocida y resuena en su corazón; redobla los golpes; una persona desnuda levanta el pestillo. Augusto ya no es hombre, es un rayo que cae en la habitación; un chillido agudo le convence de que le han conocido: asesta una pistola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue á su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre, y la adúltera, poseída del terror y de la culpa, se arroja sin reflexionar de una altura de más de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza más completa; sale precipitado del teatro del crimen, y encerrándose, antes que le sorprendan, en su habitación, coge aceleradamente la pluma y apenas tiene tiempo para dictar á su madre la carta siguiente:

« Madre mía, dentro de media hora no existiré; cuidado de mis hijos, y si queréis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruirlos... Que aprendan en el ejemplo de su padre á respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes más sabiduría. Si no les podéis dar otra cosa mejor, no les quitéis una religión consoladora. Que aprendan á domar sus pasiones y á respetar á aquellos á quien lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy con mi deshonra y mi crimen: harto cara pago mi falsa despreocupación. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. A Dios para siempre.»

Acabada esta carta se oyó otra detonación que resonó en toda la fonda, y la catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino, que con el más bello corazón se ha hecho desgraciado á sí y á cuantos le rodean.

No hace dos horas que mi desgraciada hermana, después de haber leído aquella carta, y llamándome, para mostrármela, postrada en su lecho, y entregada al más funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

« Hijo... despreocupación... boda... religión... infeliz... » son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresión, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy á mis lectores otros artículos más joviales que para mejor ocasión les tengo reservados.

## EL CASTELLANO VIEJO

Y A en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto, con todo eso, del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres, me obliga á aceptar á veces ciertos convites á que parecería el negarse grosería, ó por lo menos ridícula afectación de delicadeza.

Andábame días pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces á mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algún tropezón me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que á mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas dí con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situación de espíritu, ¿qué sensación no debería producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (á lo que por entonces entendí), á un grandísimo brazo, vino á descargar sobre uno de mis hombros que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los del Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda había creído hacerme más que mediano, dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quién

fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detrás: «¿Quién soy?» gritaba alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. «¿Quién soy?—Un animal,» iba á responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales: «*Braulio eres*—» le dije. Al oirme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena. «¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?—¿Quién pudiera sino tú?...—¿Has venido ya de tu Vizcaya?—No, Braulio, no he venido.—Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí. ¿Sabes que mañana son mis días?—Te los deseo muy felices.—Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan y el vino vino; por consiguiente, exijo de ti que no vayas á dárme los; pero estás convidado.—¡Á qué?—Á comer conmigo.—No es posible.—No hay remedio.—No puedo, insisto temblando.—¿No puedes?—Gracias.—¿Gracias? Véte á paseo; amigo, como no soy el duque de F..., ni el conde de P...» ¿Quién se resiste á una sorpresa de esa especie? ¿quién quiere parecer vano? «No es eso, sino que...—Pues si no es eso, me interrumpo, te espero á las dos: en casa se come á la española, temprano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X... que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla.» Esto me consoló algún tanto, y fué preciso ceder; un día malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios. «No faltarás si no quieres que riñamos.—No faltaré,» dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger. «Pues hasta mañana;» y me dió un torniscón por despedida. Víle marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurriendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertene-

cer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal, y una crucecita á la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen á que tuviese una educación más escogida y modales más suaves é insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por dónde ha sorprendido casi siempre á toda ó á la mayor parte de nuestra clase media, y á toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; á trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, á quien le sucede poco más ó menos lo que á una parienta mía, que se muere por las jorobas sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia bastante visible sobre entrambos omóplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agrandar y callando siempre lo que puede ofender. Él se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento, se le *espeta á uno cara á cara*. Como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumpro y miento*; llama á la urbanidad hipocresía, y á la decencia monadas; á toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco más que griego: cree que toda la crianza está reducida á decir: *Dios guarde á ustedes* al entrar en una sala, y añadir: *con permiso de usted* cada vez que se mueve; á preguntar á cada uno por toda su familia, y á despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusión, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporación

con alguno ó algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido bastón, darían cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocía ya á mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir á comer; estoy seguro de que se hubiera picado: no quise sin embargo excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un día de días en semejantes casas; vestíme sobre todo lo más despacio que me fué posible, como se reconcilia al pié del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más cometidos que contar para ganar tiempo; era citado á las dos, y entré en la sala á las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre los cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los días; no hablo del inmenso círculo con que guarnecía la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba á mudar, y de que en invierno suele hacer más frío que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí, el señor de X., que debía divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, había tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tan bien había de cantar y tocar estaba ronca, en tal disposición, que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenía un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

«Supuesto que estamos los que hemos de comer, exclamó don Braulio, vamos á la mesa, querida mía.—Espera un momento, le contestó su esposa casi al oído, con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro y...—Bien, pero mira que son las cuatro...—Al instante comeremos...» Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

«Señores, dijo el anfitrión al vernos titubear en nuestras

respectivas colocaciones, exijo la mayor franqueza; en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah, Fígaro! quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además, estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches.—¿Qué tengo de manchar? le respondí, mordiéndome los labios.—No importa, te daré una chaqueta mía, siento que no haya para todos.—No hay necesidad.—¡Ph! sí, sí, ¡mi chaqueta! Toma, mírala; un poco ancha te vendrá.—Pero Braulio...—No hay remedio, no te andes con etiquetas;» y en esto me quita él mismo el frac, *velis, nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los piés y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Díle las gracias: al fin el hombre creía hacerme un obsequio.

Los días en que mi amigo no tiene convidados se contenta con una mesa baja, poco más que banqueta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que, se había creído capaz de contener catorce personas que éramos una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado como quien va á arrimar el hombro á la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme por mucha distinción entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar á cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi joven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

«Ustedes harán penitencia, señores, exclamó el anfitrión una vez sentado; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys;» frase que creyó preciso decir. «Necia afectación es esta, si es mentira, dije yo para mí; y si verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia.» Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que había en aquella expresión más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos á otros. «Sírvase usted. — Hágame usted el favor. — De ninguna manera. — No lo recibiré. — Páselo usted á la señora. — Está bien ahí. — Perdone usted. — Gracias. — Sin etiqueta, señores,» exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura: siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á éste otro, y otros y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizcaína auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

«Este plato hay que disimularle, decía ésta de unos pichones; están un poco quemados. — Pero, mujer... — Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas. — ¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! se puso algo tarde. — ¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado? — ¿Qué quieres? Una no puede estar en todo. — ¡Oh, está excelente, exclamábamos todos dejándonoslo en el plato; excelente! — Este pescado está pasado. — Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar; ¡el criado es tan bruto! — ¿De dónde se ha traído este vino? — En eso no tienes razón, porque... — Es malísimo.» Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente á su mujer alguna negligencia, queriendo darnos á entender entrambos á dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se re-

putan en finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repetían tan á menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y ya la señora, que á duras penas había podido hacerse superior hasta entonces á las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos. « Señora, no se incomode usted por eso, le dijo el que á su lado tenía. — ¡ Ah! les aseguro á ustedes que no vuelvo á hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto: otra vez, Braulio, iremos á la fonda y no tendrás... — Usted, señora mía, hará lo que... — ¡ Braulio! ¡ Braulio! » Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero todos los convidados á porfía probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿ Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales? ¿ que para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿ Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?

Á todo esto, el niño que á mi izquierda tenía hacía saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos, que no volvió á ver claro en todo el día; y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se había encargado de hacer la autopsia de un capón, ó sea gallo, que esto nunca se supo: fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas. « Este capón no tiene coyunturas, » exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha. ¡ Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capón, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiem-

pos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi limpísima camisa: levántase rápidamente á este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posición perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capón y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa descende, como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada sin acertar con las excusas, al volverse tropieza con el criado que traía una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión. «¡ Por San Pedro! » exclama dando una voz Braulio; difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa. » Pero sigamos, señores, no ha sido nada, » añade volviendo en sí.

¡ Oh honradas casas donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huíd del tumulto de un convite de días! Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿ Hay más desgracias? ¡ Santo cielo! ¡ Sí las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañón de su chimenea; por fin, ¡ oh última de las desgracias! crece el alboroto y la conversación,

roncas ya las voces piden versos y décimas y no hay más poeta que Figaro. « Es preciso. — Tiene usted que decir algo, claman todos. — Désele pié forzado; que diga una copla á cada uno. — Yo le daré el pié: *A don Braulio en este día.* — Señores, ¡por Dios! — No hay remedio. — En mi vida he improvisado. — No se haga usted el chiquito. — Me marcharé. — Cerrar la puerta. — No se sale de aquí sin decir algo.» Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla, y el humo y el infierno.

Á Dios gracias logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio*. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.

¡Santo Dios, yo te doy gracias, exclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros, y que oye ya apenas sus ladridos; para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; líbrame de los convites caseros y de días de días; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que sólo se pone la mesa decente para los convidados, en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina en fin la brutal franqueza de los castellanos viejos! Quiero que, si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un *roastbeef*, desaparezca del mundo el *beefsteak*, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos menos yo la deliciosa espuma del Champagne.

Concluída mi deprecación mental, corro á mi habitación á despojarme de mi camisa y de mi pantalón, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelvo á olvidar tan funesto día entre el corto número de gentes que piensan que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educación libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentación de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.